



**DANIEL
LÓPEZ
ROSETTI**

.....

**LA GIOCONDA
Y LEONARDO**

**Una historia
de ciencia,
arte y amor**

Dr. Daniel López Rosetti

La Gioconda y Leonardo

*Una historia de
ciencia, arte y amor*

 Planeta

CAPÍTULO 1

La conciencia del yo y la Gioconda

Las primeras pinceladas

Recuerdo cómo comenzó a pintarme. Sensaciones que se hicieron presentes muy de a poco. De un lado y del otro, los contornos de mi rostro. Eran las caricias que se insinuaban lentamente. Aquí y allá. Unas sobre otras. A veces más, a veces menos. Pero suaves, muy suaves y lentas. Óleo sobre óleo. Pocas veces rectas. Algunas curvas. Las más de las veces, provocativamente ondulantes. El óleo dejaba pasar la luz que se reflejaba en los pigmentos magistralmente seleccionados de un repertorio creativo e infinito. Tibias caricias oliendo a una fresca humedad recién nacida de los deseos mezclados en la paleta.

Pronto comprendí que me acariciaban los pinceles. Las oleosas pinceladas se secaban lenta y despreocupadamente. Pero no surgían al azar: tenían sentido, tenían ritmo. Contenían un anhelo, un pretexto, una intención. Se movían sin prisa alguna, sin importar el manantial del cual brotara la luz. Durante el día nacían del sol; al anochecer, de la luna. También de las velas y las lámparas de aceite que se mezclaban en una cadencia sucesiva y continua. Los pinceles llevaban nuevas cargas de pigmentos suspendidos en óleo y cubrían las pinceladas anteriores, las pinceladas primigenias. Hasta

que, de pronto, sentí algo diferente. Sus dedos y el canto de sus manos. Tibios, suaves, seguros, con emoción. Me imprimían vida, conexión. Fue cuando su cuerpo, en contacto con el mío, que iba cobrando forma sobre la tabla de álamo, motivó el impulso que me permitió emerger de la noche de la inexistencia a un mundo de luz. Fue entonces cuando, en medio de una bruma que se disipaba lentamente, comencé a ver. Y lo vi. Sí, vi por primera vez a Leonardo, mi creador.

Mente y cuerpo, una unidad indivisible

Leonardo da Vinci pintó *La Gioconda*, su obra maestra. La más conocida, y de la cual no se separaría nunca. Es ella quien comenzó a hablarnos, unas líneas más arriba, sobre su creador, y así lo hará hasta el final de nuestro derrotero de tinta. En este recorrido junto a ella, nos sumergiremos en la vida personal del maestro del Renacimiento, su modo de ser, su obra y la función de su mente. En tanto aprendamos de ello, también aprenderemos sobre nosotros, sobre nuestra propia mente. Leonardo celebraría al vernos indagar en la naturaleza y en nosotros mismos. Para eso, nos vamos a introducir ahora en tres conceptos: *mente, conciencia y personalidad*.

La ciencia es algo extraordinario. Intenta cristalizar nuestras preguntas en conocimientos para que estos, a su vez, originen nuevos interrogantes, sosteniendo siempre la duda como condición. Y así el camino resulta infinito. Como una suerte de barco que avanza en un océano desconocido y del cual su quilla se abre camino para hallar laboriosamente las respuestas que se van acumulando en la bodega del conocimiento humano, sin límites. A medida que avanzamos, más océano desconocido nos espera por delante. Al conocimiento que encontraron nuestros antecesores se agregan nuestras preguntas y las respuestas que obtendremos en un futuro próximo, en una espiral interminable. En este movimiento de ida y vuelta, algunas veces creemos obtener respuestas a asuntos atávicos y pretéritos.

Con frecuencia, la ciencia encuentra respuestas transitorias. Me gusta pensar que la ciencia es, entre otras cosas, un conjunto de verdades transitorias. La provocación del desconocimiento nos genera nuevas dudas en nuestras necesidades permanentes. Por ejemplo, nos hemos preguntado sobre el alma, y hoy lo seguimos haciendo. Lejos estamos de encontrar respuestas científicas a la naturaleza del alma en su perspectiva de trascendencia. Pero la ciencia, en cambio, no se desanima y sigue ensayando argumentos sobre la naturaleza de la mente como equivalente a ella. Tal vez hasta como sinónimo.

La existencia de nuestro ser cobra conciencia en nosotros en la medida que nos adentramos en la comprensión de la mente humana. Y de eso se trata comprender qué es la mente. Veamos.

La frase del filósofo René Descartes nos ayuda a introducirnos en la comprensión de la conciencia: «Pienso, luego existo». Y resulta que esta frase es perfectamente aplicable porque, sin noción de pensamiento, no existiría *conciencia del yo*. Pero la pregunta persiste: ¿qué es la mente? Para ser más preciso: ¿qué parte de la mente constituye nuestra conciencia?

En efecto, la mente es aún mucho más que la conciencia misma. La mente es la sumatoria de un conjunto de funciones emergentes del cerebro como estructura física en nuestro ser. Y en esta etapa de la búsqueda de la verdad científica, nos encontramos sumergidos en el cerebro como el centro de nuestro análisis, constituyendo un período de nuestro conocimiento conocido como *cerebrocentrismo*. El cerebro como centro de todo no es más que una idea reduccionista. Es que, aunque pueda en principio llamar la atención, en realidad la mente es mucho más que el cerebro mismo: es el cuerpo considerado física y funcionalmente como un todo integrado.

El principio filosófico del racionalismo cartesiano imperante en el siglo XVII termina por consolidar lo que sostenían los filósofos griegos: la mente es una cosa y el cuerpo es otra. Es precisamente lo que planteó René Descartes y se conoce como el *dualismo cartesiano*, que postula que la mente o el alma es algo diferente al cuerpo.

Descartes fue un polímata, una persona que conocía sobre las más diversas ciencias y artes. Lo que interesa aquí es que, en su condición de anatomista y fisiólogo, estudió las estructuras cerebrales realizando disecciones de los cuerpos. Así observó que la mayoría de las estructuras del cerebro son simétricas; es decir que la mayoría de las estructuras se encuentran de un lado y del otro de la línea media, configurando de esta manera el hemisferio cerebral izquierdo y el derecho.

También observó que en la base del cerebro, entre los dos hemisferios cerebrales, se encontraba una estructura única, no simétrica: la *glándula pineal*. Él postuló, entonces, que en el ser humano, constituido por una mente o alma y el cuerpo por el otro, ambas interactuaban entre sí, precisamente en la glándula pineal. Establecía de este modo un punto físico de referencia, orgánico, que separaba la mente del cuerpo. Y esta diferencia entre la mente y el cuerpo se da porque, según Descartes, la mente está hecha por una «sustancia» y el cuerpo por otra. Es decir, son cosas diferentes.

Cabe señalar también que para este filósofo, como para tantos otros, mente y alma eran sinónimos. Pero lo que aquí estamos tratando es la mente en su sentido psicofisiológico, y no en cuanto al perfil de trascendencia con el cual se emparenta la palabra *alma*.

Corresponde señalar en este momento que hoy sabemos que la glándula pineal solo produce una sustancia que se denomina *melatonina*, relacionada con la función biológica del sueño. La propuesta de Descartes, de modo consciente o inconsciente, resultaba útil y acorde con sus intereses. ¿Por qué? Bueno, sucede que Descartes era genuinamente creyente, y el hecho de separar el alma o la mente del cuerpo le permitía no entrar en conflicto con la Iglesia católica, con la cual comulgaba. Efectivamente, sostener que mente y cuerpo son cosas diferentes le permitía al filósofo —que además era científico, matemático, físico, anatomista y fisiólogo— realizar disecciones en cadáveres para así estudiar su funcionamiento. De tal suerte que, distinguiendo el concepto de mente y cuerpo al realizar sus estudios anatómicos, dejaba el alma fuera del al-

cance de la disección de su bisturí, ya que esta, según él, no pertenecía al cuerpo.

Quedaba así salvado el conflicto que con seguridad habría surgido debido a las creencias religiosas de entonces: la disección del alma humana. En efecto, el catolicismo romano de Luis XIV no juzgó sus trabajos científicos como una profanación. Por eso mismo, Descartes pudo realizar sus extraordinarias investigaciones sin entrar en conflicto con la Iglesia ni con su fe. Pero hoy sabemos que su propuesta respecto a la mente y el cuerpo es insostenible.

Otro filósofo de la corriente racionalista de esa época, Baruch Spinoza, pensaba de modo diametralmente opuesto. Él entendía que, si bien la mente o el alma son distinguibles del cuerpo, pertenecen a una misma «sustancia», sea esta la naturaleza o Dios. En definitiva, Spinoza sostenía la denominada *teoría monista*, según la cual mente y cuerpo, aunque distinguibles, se funden en una unidad. Hoy sabemos que Spinoza tenía razón: mente y cuerpo son una misma cosa.

Mente y conciencia

Ya hemos dado un paso importante. Mente y cuerpo son una misma cosa. Profundicemos ahora algo más en el concepto de la mente para luego abordar el tema de la conciencia.

Por definición, la mente es una función emergente de nuestro cerebro. Sucede que nuestro cerebro está constituido aproximadamente por 96 000 millones de neuronas, y cada una de esas neuronas tiene brazos o prolongaciones que se denominan *axones* y *dendritas*. A su vez, los axones y dendritas de cada una de las neuronas se conectan con hasta 10 000 neuronas e intercambian así información con ellas de manera tal que el número de conexiones resulta inmenso. Pero hay algo más: esas conexiones cambian continuamente, eliminando conexiones viejas y dando lugar a conexiones nuevas.

¡Multiplique 96 000 millones de neuronas que se conectan cada una de ellas con otras, hasta con 10 000 neuronas! Estas

conexiones desaparecen y aparecen cada vez que las cosas cambian en nuestro organismo, cuando aprendemos algo nuevo o incorporamos experiencias. Es un proceso dinámico, que ocurre con el devenir de la vida misma. Esto es lo que se conoce como *plasticidad neuronal* o *neuroplasticidad*. De tal suerte que las combinaciones resultan sencillamente infinitas. Y cada uno de nosotros somos diferentes a los otros. Como resultado de la complejísima interacción de nuestras células cerebrales o neuronas, surge un conjunto de funciones.

Todo nuestro cuerpo se encuentra indisolublemente unido con nuestro cerebro a través de información transportada por los nervios, por las hormonas, por neurotransmisores y por un sin fin de formas de comunicación que hacen que cada célula esté directa o indirectamente relacionada con nuestro cerebro. El cerebro se nutre de esa información para integrarlas de manera continua y dinámica, tomando conocimiento y el control de las distintas funciones corporales. Es por ello que hoy sostenemos, desde la perspectiva científica, que cuerpo y mente son una misma cosa.

De modo inconsciente, llega información de cada una de nuestras articulaciones, de cada uno de nuestros músculos, de cada uno de nuestros órganos del cuerpo, de nuestros vasos sanguíneos, de todas nuestras glándulas, de la composición de nuestra sangre y de una multiplicidad de variantes que son registradas inconscientemente en el cerebro y cuya integración funcional determina lo que conocemos como *mente*.

Me gusta intentar describir la complejidad de la mente afirmando que «la mente es el resultado de las complejas interacciones e infinitas combinaciones de las más diversas funciones, tal cual la complejidad infinita de una suerte de ajedrez tridimensional». De tal grado de complejidad infinita se trata la mente. Veamos ahora qué es la conciencia para así comprender el artificio por medio del cual nuestra imaginaria Gioconda comenzó a llevarnos de la mano para conocer a Leonardo da Vinci, su mente y, al mismo tiempo, nuestras propias funciones mentales.

Resulta que, como ya hemos dicho, la mente se encuentra constituida por infinidad de procesos cerebrales que interre-

lacionan todas las partes de nuestro cuerpo entre sí, como un todo integrado. Como consecuencia, la mente es la sumatoria de todos estos procesos, sean estos de naturaleza consciente o inconsciente. En cambio, la conciencia es solo una parte de la mente.

La palabra *conciencia* proviene del vocablo latino *conscientia*, que significa «conocimiento». Efectivamente, la conciencia es la toma de conocimiento del yo, en primera persona. Es el conocimiento de nosotros mismos, y del mundo que nos rodea y con el cual interactuamos. Es una percepción de realidad de la propia existencia. La conciencia es la noción de existir en primera persona. Incluye también, por supuesto, numerosos procesos cognitivos que nos permiten procesar la información de manera tal que podamos tener una noción de esa «propia existencia» como entes individuales y diferentes del resto.

Entre esos procesos cognitivos, se encuentran la percepción, el procesamiento de información, el aprendizaje, la memoria, el razonamiento, el juicio, la toma de decisiones, etc. Pero resulta importante destacar que el plano de la conciencia es solo la punta del iceberg que constituye la mente, cuya mayor parte se encuentra en las profundidades del océano, es decir en el inconsciente. Insisto: la conciencia es solo una parte de la mente.

La mente, la conciencia y la Gioconda

Luego de la breve explicación anterior, lo invito ahora a leer el comienzo de este capítulo y a interpretarlo desde la perspectiva de la naturaleza de la unidad mente-cuerpo y de la conciencia.

Lo primero que la Gioconda nos dice es que ella «recuerda» cómo comenzó a pintarla Leonardo. Significa que, en este caso, en la noción de existencia se impone la memoria en tanto recuerdo y, por ende, la relación tiempo y espacio. El personaje representado describe sensaciones que fueron apareciendo paulatinamente, como ocurre en los seres humanos. Estas

sensaciones son percepciones que son analizadas e integradas a través de las funciones cerebrales. Describe dónde aparecieron, la alternancia entre un lado y otro del cuerpo y, particularmente, del rostro, que es por donde Leonardo comenzó a pintar a su modelo.

Describe también las características de las percepciones como suaves y lentas, al ritmo de las pinceladas del óleo diluido que el pintor italiano solía preparar con mano experta. Da cuenta además de los aromas percibidos y de la humedad del ambiente como consecuencia de la pintura fresca. En un momento, hace referencia a «haber comprendido» qué era lo que estaba sucediendo. También describe la lenta aparición de la luz, que podía provenir del sol, de la luna llena, de las velas o, por caso, de las lámparas de aceite que iluminaban el atril donde cobró vida por medio de un recurso narrativo que la convirtió en la narradora de la vida de Leonardo da Vinci. Y también esa luz pudo haber tenido su origen en la combinación entre ellas, como el sucesivo paso de la luz natural del día a la luz artificial de la noche, proveniente de las velas o de las lámparas, lo que da idea del continuo y largo trabajo que el artista había emprendido.

Y luego la Gioconda percibió algo más. Sintió en la superficie de su piel —de la madera hecha piel en nuestra imaginación— el contacto con la mano de Leonardo que, con el pulpejo de su pulgar y el canto de su mano fue distribuyendo la pintura según su creatividad. Ese momento fue trascendente para ella, ya que percibió la existencia de un *otro*. Percibió a una persona distinta y diferente de sí misma. En consecuencia, fue tomando conciencia de su existencia en primera persona, de que era *La Gioconda*. No la modelo. Era la imagen que Leonardo estaba creando con sus pinceladas al óleo sobre una tabla de madera de álamo de grano fino sujeta al atril del artista.

Y con la toma de conocimiento se agregó algo más: cuando la bruma de sus ojos se fue disipando, pudo ver por primera vez a su creador. Fue el momento en el que la Gioconda aprendió a reconocerse a sí misma, configurando su *yo* o *identidad*, y a reconocer a alguien distinto a ella; en este caso particular, a

Leonardo. Aprendió a pensar, a razonar, a sentir, a memorizar, a decidir, a prever, y todas las funciones mentales conscientes.

Este recurso nos ha permitido introducirnos durante este viaje en la conciencia del retrato que Leonardo da Vinci fue plasmando sobre la tabla de álamo en la que imprimía los óleos diluidos de su pincel.

Nuestras dos conciencias: conciencia fenoménica y de acceso

Hoy en día, pueden ser diversos los abordajes para una clasificación de los distintos tipos de conciencia. Sin embargo, en principio hay acuerdo en sistematizar este aspecto a partir de la consideración de dos tipos básicos: la *conciencia fenoménica* y la *conciencia de acceso*. Si me permite, voy a describirlas y veremos que no es difícil entender el alcance de cada una de ellas. Además, verá usted que resulta interesante como camino de autoconocimiento. Vamos despacio.

Como acabamos de ver, la primera de las conciencias es la fenoménica, que es aquella de la que hemos hablado al abordar la identificación del yo como identidad, en términos de reconocernos en primera persona. A eso me refiero cuando cada uno de nosotros —y esto es la «totalidad» de nosotros— reconocemos tener una conciencia que nos es propia. Este tipo de conciencia es la que constituimos a partir del procesamiento de nuestras percepciones de todos los estímulos externos e internos que nos llegan a través del tacto, el dolor, los colores, los sonidos, el gusto, el cansancio, el hambre, las vibraciones, etc. Estas percepciones incluyen también el reconocimiento del contexto, del movimiento, de la forma tridimensional de lo percibido, y del significado que cada una de esas percepciones tiene para nuestra mente y de su correspondiente materialización a nivel consciente. Es decir, procesamos la totalidad de la información que percibimos tanto exterior como interior, la interpretamos y construimos una realidad que tiene un significado integral que conforma una unidad mental en la cual reco-

nocemos nuestra propia existencia. Construimos un yo con el cual nos identificamos plenamente y, en consecuencia, somos nosotros los que estamos en el aquí y ahora.

Vivenciamos así las experiencias que nos suceden como eventos personales que nos alcanzan. En definitiva, se construye una unidad en la cual somos *nosotros mismos* y no somos ningún otro. Somos yo, en primera persona. Esto es lo que tuvo lugar, imaginariamente, cuando de a poco la Gioconda fue tomando noción de sí misma, hasta el momento en el que reconoció su identidad como un yo. De ahí en más, comprende quién es ella como una única persona.

Veamos ahora el segundo tipo de conciencia, también muy interesante, ya que nos permite saber más sobre este tema y sobre nosotros mismos. Me refiero a la *conciencia de acceso*.

Nuevamente voy a tratar de explicarme acudiendo a un ejemplo. Le propongo el siguiente ejercicio. Usted está ahora pensando en algo; no sé sobre qué es, pero seguramente está pensando en algo. De lo que estoy casi seguro es de que no está pensando en la casa de sus abuelos. Pero luego de haberle transmitido la idea, ¡ahora sí es muy probable que piense, aunque más no sea por un instante, en la casa de sus abuelos! Y también estoy casi seguro de que ahora mismo usted no está pensando ni recordando el día en el que aprendió a andar en bicicleta. Pero ¡ahora sí es probable que recuerde alguna escena de ese aprendizaje! Y también estoy convencido de que usted no recuerda en este momento ninguna imagen ni experiencia vivida en el colegio. ¿O acaso ahora está recordando algo que le pasó en la escuela?

¿Qué ha sucedido? ¿Cómo explicamos este fenómeno? Pues bien, sucede que en su memoria se encuentran acumuladas infinitas experiencias y recuerdos, aquellos aquilatados durante toda su vida. Pero también es cierto que no tiene presente, de modo consciente, ninguno de esos recuerdos. Están allí escondidos, guardados en algún lugar de la memoria. Sucede que nuestra conciencia puede detenerse y percibir lo que traemos al presente, al «aquí y ahora». Esto es lo que ocurre con el segundo tipo de conciencia, la conciencia de acceso. Nuestra

conciencia solamente puede detenerse y observar el pensamiento o una vivencia, emoción o experiencia que se encuentra lúcidamente analizada en el tiempo presente y sobre la cual prestamos «atención» consciente.

La atención es un proceso cognitivo por medio del cual enfocamos nuestros procesos psíquicos sobre un objeto determinado; por ejemplo, un recuerdo o una vivencia. Solamente podemos ser conscientes de una sola cosa a la vez o, cuando mucho, de alguna otra relacionada con esa cuestión de modo muy íntimo y cercano. El resto y la totalidad de los infinitos recuerdos se encuentran más allá de nuestra posibilidad de atención, alojados en el recuerdo, y resultan inconscientes, excepto que los llamemos al presente a través de un proceso intencional de atención, acudiendo a la memoria.

La capacidad mental para escudriñar en los recuerdos, para así traerlos al presente convirtiéndolos vívidamente en términos de conciencia, es una de las capacidades del ser humano y corresponde a las funciones de la conciencia de acceso. Por medio de este mecanismo, podemos traer del rincón de los recuerdos una experiencia y hacerla consciente para observarla en el tiempo presente.

Algo más sobre la conciencia de acceso, que podría interpretarse solo como un proceso cognitivo de memoria en cuanto hago presente un conocimiento o experiencia guardada en los archivos de nuestro pasado. La conciencia de acceso es algo más que eso. También es traer al presente y al consciente la carga emocional de los recuerdos. Efectivamente, por ejemplo, cuando traigo al presente una experiencia del pasado, dolorosa o alegre, la emoción del dolor o de la alegría se vivencian a nivel consciente en el tiempo presente. El pasado no duele en el pasado. El dolor del pasado solo duele en el presente, cuando lo revivo a través de la conciencia de acceso y lo experimento físicamente. Cuando el dolor permanece en el pasado, no hay vivencia dolorosa. Esto ocurre porque la emoción también es una cognición.

Luego de describir los dos tipos de conciencia, no querría cerrar este apartado sin compartir con usted algo que consi-

dero muy interesante y esclarecedor sobre algunas cuestiones que vivenciamos a nivel consciente. Sobre todo, para comprender por qué hay algunas cosas que nos resultan imposibles de transmitir a otro; en especial, tratándose de cuestiones que nadie podría entender sobre nosotros. Se trata del concepto de *qualia*.

El qualia y nuestra subjetividad

Qualia es un concepto que proviene de la filosofía, pero que, como muchos otros, también terminó siendo analizado desde la perspectiva de la ciencia. El *qualia* hace referencia a las cualidades de las cosas que nos resultan propias o inherentes en relación con cada cosa en sí. No se trata, en absoluto, de algo objetivo. Por el contrario, este concepto hace referencia a las características subjetivas y privadas de las experiencias que vivimos. Es, por definición, un fenómeno estrictamente personal y privado. Para intentar explicarlo mejor, voy a acudir a un ejemplo que suelo utilizar cuando iniciamos el abordaje de este tema en ámbitos académicos: el ejemplo del jazmín.

Resulta que el aroma del jazmín es consecuencia de las moléculas que libera en el aire y que son percibidas por nuestro sistema olfatorio. El jazmín es, incuestionablemente, siempre el mismo; y su aroma, por cierto, muy característico. No obstante ello, la percepción del aroma del jazmín —repito que es siempre el mismo— es para nosotros una experiencia estrictamente personal. Veamos si me explico: el aroma del jazmín, como otras tantas percepciones, no puede ser explicado con palabras, ya que es, por así decirlo, el límite de nuestro «decir».

A ver, realicemos el siguiente ejercicio de imaginación. Supongamos que usted trata de describir el aroma del jazmín para que yo entienda de qué se trata, pero sin aclararme que está describiendo el perfume de una flor. Usted no debe decirme nunca de qué objeto material se trata, sino solo las características del olor que lo distinguen y definen de acuerdo con su criterio. Por lo tanto, es probable que usted me diga que lo

que está percibiendo es un aroma intenso, fresco. Incluso, si quiere, hasta podría llegar a decir «floral». Busque todos los sinónimos que se le ocurran sin revelar de qué objeto se trata, ni que es un objeto animado o inanimado; o, por caso, algo del reino mineral, vegetal o animal. Solo las características del olor que lo define: intenso, fresco, floral, y cuanto se le ocurra por el estilo. Si ahora usted me pregunta a qué puede corresponder el aroma de su descripción, yo no podría saberlo en absoluto. Es más, obligado a arriesgar, podría decir que se trata de un exquisito vino blanco o de un perfume comercial.

Usted realmente sabe de qué se trata y, cada vez que pueda oler algo similar, identificará de inmediato un jazmín, pero a la hora de describir ese perfume, nunca podrá hacer que otra persona sepa de qué objeto estamos hablando. Es sencillamente aquello que no puede expresarse con palabras: lo inefable.

Lo mismo sucede con los colores. Pensemos en el color rojo. Sin que yo sepa que se trata de un color, ¿cómo haría usted para describir la rojez del rojo? Una vez más, es sencillamente imposible. La sensación del color rojo en su mente choca con las limitaciones de nuestra capacidad de comunicación. Nuevamente nos encontramos con algo inefable, aquello que no podríamos describir con palabras. Esto ocurre porque la percepción de un aroma, de un color o de un sonido determinado no podría ser transmitida de manera objetiva, puesto que forma parte de vivencias absolutamente subjetivas. Y si algo es tan difícil, o más precisamente imposible de transmitir con palabras, aun siendo tan simple como un aroma, un color o un sonido, imagínese lo que sucede con vivencias experienciales más complejas, como las de determinadas emociones o sentimientos.

La conciencia fenoménica de la que estamos hablando se nutre de las percepciones procesadas por nuestra propia mente, por lo cual es un fenómeno en primera persona, y recordemos que nuestro yo es único y distinguible del de otros seres humanos. Es por ello que muchas de nuestras experiencias, como por ejemplo la vivencia de cuadros emocionales y sentimentales, resultan imposibles de transmitir. Desde luego, po-

dríamos decir que en tal o cual circunstancia sentimos un conjunto de emociones y sentimientos, como por ejemplo miedo, enojo y amor, pero esa mezcla es en realidad muy difícil de delinear y, por ende, de entender plenamente por otras personas. Tal vez es por eso que muchas veces requerimos de los poetas.

Bien, ya hemos visto varios aspectos muy interesantes de nuestra conciencia, la misma que desarrolló en nuestra ficción la Gioconda cuando tomó noción de sí misma.

Vamos a hablar ahora de otro fenómeno interesante que nos sucede a todos aproximadamente a los cuatro años de edad respecto a nuestra conciencia: se trata de la teoría de la mente.

La teoría de la mente

Resulta interesante saber que todos tenemos una mente y que es diferente en todos nosotros, tan o más diferente que nuestras propias huellas digitales. Una parte de la mente, como hemos visto hasta ahora, es la que da lugar a ese fenómeno denominado *conciencia*, aquello que hace que tengamos nuestra propia identidad o nuestro propio yo. De este modo, se nos hace consciente que somos personas diferentes al resto.

Usted seguramente se estará preguntando por qué insisto tanto con este concepto. Bueno, es probable que también quiera saber que no siempre fue así. Por eso voy a hablarle ahora sobre un fenómeno interesante que nos pasa a todos aproximadamente a la edad de cuatro años.

Cuando éramos muy chicos, no distinguíamos demasiado entre nuestra propia mente y la mente de los otros. Creíamos que lo que pensábamos o sentíamos era fácilmente accesible y evidente a los demás. Como si tuviésemos prácticamente todos una misma mente. Es a partir de esa edad que somos conscientes de que las otras personas con las cuales interactuamos, sean chicos o adultos, tienen su propia mente, una mente diferente a la nuestra: piensan, razonan y sienten de modo diferente. Quiero decir que, alrededor de los cuatro años de edad,

aparece una suerte de tabique que separa nuestra mente de la de los demás. Ese conocimiento nos da una mayor individualidad. En ese momento, tomamos conciencia de que lo que pensamos o sentimos es nuestro, íntimo y que quienes nos rodean no lo saben con precisión.

A partir de entonces, entendemos que es un desafío «entrar» en la mente de los demás, pues se nos hace patente que son personas claramente distintas, que piensan y sienten de un modo ajeno al nuestro. Al mismo tiempo, nos damos cuenta de que los demás no saben exactamente lo que pensamos o sentimos nosotros. Por esa misma razón, también aprendemos a engañar y también, claro está, podemos ser engañados fácilmente por los demás. Esto es así porque asimilamos que los otros no saben lo que verdaderamente pensamos y, al mismo tiempo, nosotros tampoco sabemos lo que los demás en verdad piensan o sienten. Cada quien con su propia mente, pero cabe señalar que esta capacidad aparece en términos generales antes en las niñas que en los varones.

De esto se trata la teoría de la mente. Aunque quiero aclararle que, en realidad, no es una teoría que deba comprobarse, pues es algo que sucede de manera evidente en el desarrollo de la conducta de los chicos. Es un hecho que, a partir aproximadamente de los cuatro años, distinguimos nuestra mente de la de los demás. Tal vez un ejemplo al que recurro con frecuencia para facilitar este tema aclare más lo que acabo de explicar.

Supongamos que un chico de tres años tiene que elegir un regalo para una nena de su misma edad. Es muy probable que elija un autito de juguete porque interpreta que la mente de ella es igual a la de él. Elegirá ese regalo porque a él le gustan los autitos. Resulta obvio que no tiene por qué ser así en lo absoluto, es tan solo un ejemplo de los muchos que podrían haberseme ocurrido. A partir del desarrollo de la llamada teoría de la mente, un chico de más de cuatro años tendría que interpretar que para elegir un regalo para una nena debería tener en cuenta que el obsequio sea del gusto de ella y no del de él. Es entonces probable que le regale una muñeca y no un autito. Esto ocurre porque ha integrado mentalmente que existe una

diferencia entre su mente y la de la persona que va a recibir el regalo.

En definitiva, la teoría de la mente nos habla de nuestra capacidad para distinguir estados cognitivos y emocionales, y hacer inferencias sobre los pensamientos, las motivaciones y las intenciones que son propios y distinguibles de los nuestros. La teoría de la mente explica el momento en que comprendemos que las otras personas tienen una mente diferente a la nuestra.

Muchas veces he afirmado que el cerebro es un órgano social, y resulta que a partir de los cuatro años lo será cada vez más. En esa instancia, nuestras relaciones interpersonales se complejizan en la medida que nuestra comunicación primariamente no verbal, y luego enriquecida por la comunicación a través de las palabras, nos da la oportunidad de expresarnos y hacernos entender por el otro, y viceversa. El desarrollo de esta capacidad mental para diferenciar la mente de los otros de la nuestra nos obliga a desarrollar los mecanismos de interpretación y comunicación con las demás personas.

A partir de entonces, será muy importante interpretar los mensajes no verbales, tales como la expresión del rostro, el tono de voz, la posición del cuerpo, las acciones y las conductas, como así también comprender los mensajes verbales. De este modo, tendremos acceso y comunicación con el mundo de los otros y, del mismo modo, ellos podrán acceder a nuestros pensamientos y emociones. Desde entonces, desarrollaremos cada vez más esa capacidad esencial que es la empatía: comprender al otro y así formar lazos interpersonales en base a nuestra capacidad de comunicación y comprensión de los demás.

A los efectos de este viaje que hemos iniciado juntos, resultaba conveniente saber qué es la mente y qué es la conciencia. Ambas —mente y conciencia— son la base que constituye luego la personalidad de cada uno de nosotros. Entendemos por personalidad una suerte de construcción psicológica que conjuga un conjunto de características psíquicas y conductuales más o menos estables en el tiempo. De tal suerte se configura

una forma de ser, una manera de actuar, y el conjunto de pensamientos, emociones y sentimientos que nos constituyen.

Todos tenemos nuestra propia personalidad y, claro, Leonardo tenía la suya. En el próximo capítulo, la Gioconda nos va a contar algo sobre la personalidad de Leonardo da Vinci.